

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:
RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO VII
JULIO A SETIEMBRE DE 1939

MONTEVIDEO — URUGUAY

1939

INDICE DEL TOMO VII

Nº 19 — JULIO — 1939

Págs.

ALFREDO BALDOMIR, ALBERTO GUANI, JOSE MARIA CANTILLO, JOSE IRURETA GOYENA, JUAN ALVAREZ. — El Congreso de Montevideo	5
RAUL MONTERO BUSTAMANTE, JOSE MARIA CANTILLO. — El Canciller Argentino en el Instituto Cultural Uruguayo-Argentino	25
A. ZUM FELDE. — En el primer aniversario de la muerte de Reyles	34
JUAN LLAMBIAS DE AZEVEDO. — Eidética, Aporética y Filosofía	45
CARLOS MARIA VALLEJO. — Poemas. — Aniversario en Madrid. — Invierno en Bremen. — Bahía de Montevideo. — Zabaleta y el arpa. — En la rada de Río Grande del Sur. — Bahía de Todos los Santos. — Ciudad de Santos. — Pregón. — Canción de la pena gitana. — Supervivencia. — Itinerario. — Tío vivo. Puerta del Sol. — Regreso. — Semanario.	52
OCTAVIO MORATO. — La influencia francesa en el país	64
CARLOS M. PRINCIVALLE. — Purpúreo está el río como mar	89
JOSE AGUIAR. — Antecedentes para la determinación geográfico-política de la República Oriental del Uruguay	100

PAGINAS DESCONOCIDAS U OLVIDADAS

CARLOS MARIA RAMIREZ. — Carlos María Ramírez «extranjero»	133
---	-----

SECCIONES PERMANENTES

(Varios)

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — De la Revolución del Quebracho a la Conciliación. — La ley honra a Don Setembrino Pereda	136
REVISTA LITERARIA. — Recordando a Carlos Roxlo. — Un soneto inédito de Julio Herrera y Reissig. — Honores oficiales a la memoria de Carlos Reyles. — José María Delgado y el certamen de «La Prensa». — La Junta Nacional de Teatro. — La «Revista Nacional» editará obras de autores nacionales desaparecidos. — El jurado del concurso dramático anual	137
REVISTA CIENTIFICA. — Florentino Felippone. — El estudio de la filología en el Uruguay	146
REVISTA ARTISTICA. — Pedro Figari en el Museo Nacional de Bellas Artes. — La Exposición de Arte Francés en Montevideo. — El Tercer Salón Nacional. — Aliseris en el Museo de Amberes (con grabado)	150
REVISTA HISTORICA. — Una visión de Montevideo en 1867.	154
BIBLIOGRAFIA. — «Hombres e ideas», por Juan César Mussio Fournier. — «El Deán Funes», por José Salgado. — «En diplomacia», por Pedro Erasmo Callorda. — «Los Iporas», por Hyalmar Blixen. — «Romances para una noche», por Luis Alberto Zeballos	158

	Págs.
MANUEL BERNARDEZ. — Visiones de ríos y montes	161
SARAH BOLLO. — Poemas. — Elegía del narciso de oro. — Soneto por las muchas otras vidas. — Soneto para el sueño tan dulce	169
AUGUSTO TURENNE. — Responsabilidad procreacional	172
SOLIS OTERO Y ROCA. — El doctor Gualberto Méndez (con retratos)	182
LISIMACO BRAIDA. — Puntos de vista sobre literatura nativista	191
HECTOR VILLAGRAN BUSTAMANTE. — Daniel Muñoz (con retrato)	196
JOSE AGUIAR. — Antecedentes para la determinación geográfico-política de la República Oriental del Uruguay (con grabados)	200
JOSE SALGADO. — El doctor Andrés Lamas (con retrato)	222
JUAN CARLOS GOMEZ HAEDO. — El proceso de la reforma constitucional	238
ANTONIO VEGA. — Romances. — Romance de la angustia. — Romance para don Bruno Mauricio de Zavala	249
G. STEWART VARGAS. — Juan Carlos Gómez (con retrato)	253

PAGINAS DESCONOCIDAS

JOSE MARIA REYES. — Después de Cagancha (con retrato)	259
---	-----

SECCIONES PERMANENTES

(Varios)

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — La visita del Presidente de la República a Buenos Aires	269
REVISTA LITERARIA. — Los manuscritos de Zorrilla de San Martín. — Flo- rencio Sánchez juzgado en París	297
REVISTA ARTISTICA. — La exposición de pintura francesa	304
BIBLIOGRAFIA. — «Miguel de Montaigne», por Ricardo Sáenz Hayes. — «Resonancias hispánicas», por Solís Otero y Roca. — «Responsabilidad civiles», por A. L. Dellepiane. — «Geografía poética de América», por Gas- tón Figueira. — «El enclaustramiento de Bolivia. Últimas opiniones uru- guayas». — La producción bibliográfica nacional en el primer semestre del año en curso.	310

	Págs.
JOSE ESPALTER. — Aspectos de la democracia	321
FERNAN SILVA VALDES. — Canto a los Andes	329
VICTOR PEREZ PETIT. — El teatro de Florencio Sánchez	331
CARLOS M. PENADES. — Aspectos de la ley de propiedad literaria	366
VELARDE PEREZ FONTANA. — Origen y desarrollo de la ganadería en el Río de la Plata	374
MARIA V. DE MULLER. — César Cortinas (con grabados)	387
MARIO FALCAO ESPALTER. — La historia uruguaya en los archivos de Francia	403
ALFREDO MARIO FERREIRO. — Poemas. — Poema del Veinticinco de Mayo de mil ochocientos diez. — Poema de tus pequeñas muertes	411
CARLOS MULLIN S. J. — Las virtudes intelectuales en la filosofía aristo- tético-tomista	413
CARLOS A. HERRERA MAC LEAN. — Blanes Viale (con grabado)	425

PAGINAS DESCONOCIDAS

FRANCISCO HORDEÑANA. — Los sucesos de julio de 1853	429
---	-----

SECCIONES PERMANENTES

(Varios)

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — La guerra en Europa. La posición del Uruguay. — La escuela vareliana	444
REVISTA LITERARIA. — Nuestros autores en el extranjero	448
REVISTA ARTISTICA. — El III Salón Nacional. — Dos obras plásticas se incorporan al Museo Nacional de Bellas Artes	456
REVISTA HISTORICA. — Artigas instructor del ejército paraguayo	463
REVISTA CIENTIFICA. — La bibliografía científica del Profesor Estable	467
BIBLIOGRAFIA. — «Estudios constitucionales», por Pablo Blanco Acevedo. — «Archivo del General Miranda. Negociaciones. 1770-1810». — «Juan Idiarte Borda. Su vida, su obra», por C. Idiarte Borda y M. E. Idiarte Borda. — «Historia de la Edad Media», por Oscar Secco Ellauri y Pedro Daniel Baridon. — «Dominio marítimo (mar territorial)», por José Aguiar. — «El espíritu de mi ciudad», por Orestes Baroffio. — «Letras castellanas», por Rodolfo Ragucci. — «Una sentencia de Fenelón y la solidaridad por la cultura», por Joaquín Villegas Suárez. — «La literatura del Uruguay», por Alberto Zum Felde. — «Perspectivas de un rumbo», por Alejandro Gallinal Heber. — «Tizona. Conferencias», por Alejandro Gallinal Heber. — «Philippe II et la Saint-Barthélemy», por Armando D. Piroto. — «Ar- caísmos españoles usados en América», por Carlos Martínez Vigil	470

EL CANCELLER ARGENTINO EN EL INSTITUTO CULTURAL URUGUAYO - ARGENTINO (1)

DISCURSO DE BIENVENIDA

Señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina,

Señores Ministros de Estado,
Señores Embajadores y Ministros,
Señoras y Señores:

El Instituto Cultural Uruguayo-Argentino abre hoy sus puertas para recibir en su seno a uno de los hombres públicos más eminentes de la Nación Argentina, que es, a la vez, representante insigne de la cultura de América.

Sed bien venido señor Cantilo a esta casa, ante la cual tenéis tantos títulos que ostentar, y para la cual sois huésped predilecto. Os recibimos con espartana simplicidad; pero con todo el señorío que exige vuestra jerarquía, vuestra prestancia intelectual, y vuestras ejecutorias.

Habéis llegado nuevamente a nuestro país, y esta vez con la más alta investidura, en momentos en que culmina vuestra vida pública, y en que vuestra personalidad desborda el escenario del Nuevo Mundo, e invade el campo de la diplomacia universal. Sabemos lo que significa vuestro nombre y vuestra obra en la historia de los últimos lustros de la vida internacional de América y Europa. Conocemos vuestros triunfos, que si son vuestros, lo son también de vuestra patria. En el empeño de las misiones que habéis presidido: ante los gobiernos de ambos mundos, ante la Sociedad de las Naciones, ante los congresos y

(1) El día 19 de este mes de julio, el Instituto Cultural Uruguayo - Argentino recibió solemnemente al señor Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, Don José María Cantilo. El acto tuvo lugar en el anfiteatro de la Universidad. Presidió la ceremonia el Rector de la Universidad y Presidente del Instituto Dr. Don Carlos Vaz Ferreira, a quien acompañaban los Ministros de Estado, representantes diplomáticos y miembros del Instituto. Abierto el acto, el Vice Presidente del Instituto, señor Raúl Montero Bustamante, pronunció el discurso oficial de bienvenida al señor Cantilo y luego, los señores Alberto Zum Felde y Dr. Emilio Oribe disertaron sobre literatura rioplatense. El señor Cantilo contestó en seguida el discurso de bienvenida. Al terminar, el estrado y el público hicieron al ilustre huésped objeto de grandes aclamaciones. Insertamos, como documentación de este acto de cultura internacional que tuvo verdadera resonancia, los discursos cambiados entre el recipiendario y el Vice Presidente del Instituto.

criptos! Juan Carlos Gómez dejó en la vida porteña recuerdo indeleble. «Lo vemos pasar, dijo Miguel Cané, con su figura elegante y distinguida, su fisonomía acentuada, su bella cabellera que quedaba sobre su frente como el pabellón de su juventud constante, su pie de patricio, la cómoda soltura de sus maneras, y lo seguíamos en la calle, en los paseos, en el teatro, con los ojos ávidos con que mirábamos al general Mitre en 1860 y a Sarmiento desde que nacimos».

Andrés Lamas, desde el salón de su casa de la calle Piedad, ejerció, sin descarlo ni buscarlo, verdadero magisterio sobre las dos sociedades del Plata. Se le recuerda todavía, en medio de la grave tertulia de políticos y hombres de letras, las figuras más en boga del Buenos Aires de 1870. Estaban allí los hombres de las generaciones que se iban con la tristeza de haber realizado poco, y los de las generaciones que llegaban con la impaciencia y la ambición de realizarlo todo.

Julio Herrera y Obes, en el melancólico ocaso de su vida, renovó la actitud romántica de Juan Carlos Gómez y vivió en Buenos Aires con la mirada y el corazón puestos en Montevideo. Y ¡cuántos otros nombres ilustres!: los Ramírez, Agustín de Vedia, Tomé, Acevedo Díaz, Palomeque, Zorrilla que allí terminó su Tabaré, Quiroga que allí conquistó gloria literaria, Florencio Sánchez que fué hijo espiritual de Buenos Aires, Julio Herrera y Reissig que fué funcionario del correo argentino y pagó con versos inmortales la generosa hospitalidad.

He aquí lo que nos enseña la historia y la tradición, y he aquí como no mentían del todo las viejas esferas y las románticas cartas geográficas cuando, con sus apagados colores, y su arcaicos signos, confundían a las dos naciones hermanas del Plata en una vaga denominación común.

Señores:

Las tradiciones y recuerdos que acabo de evocar con el objeto de hacer amable a nuestro ilustre huésped su visita a esta casa, significan para nosotros, los hombres del Río de la Plata, un precioso legado. Somos responsables de él ante el porvenir, y debemos defenderlo celosamente, sobre todo, en esta hora de incertidumbre universal, en que por momentos vemos que la soberanía del espíritu cede su puesto a esas muchas otras soberanías que actualmente se disputan al hombre. Esta urna de recuerdos, que es fuente inmarcesible de inspiraciones, puede ser para nosotros, orientales y argentinos, algo como lo que León Bérard quiere que sea el humanismo para las sociedades fatigadas de Europa: «el estímulo espiritual»; el estímulo espiritual contra la razón de Estado, contra el fanatismo, el oro, el placer de la violencia y de la fuerza; contra la guerra; contra todos los enemigos

Se ve en el lago nadar.
 La Matriz es tu cabeza,
 Es la Aguada tu guirnalda,
 Blancos techos son tu espalda
 Y es tu cintura, la mar.

Era este el Montevideo de los emigrados argentinos, la ciudad de los tiempos de la capa y la esclavina, de las rejas floridas y de los faroles de aceite; la misma que conocieron: Alberdi cuando volvió a hallar aquí a los *dandys* de la vieja calle del Cabildo corridos por la tiranía; Echeverría cuando encontró otra vez reunidos a los jóvenes del Salón Literario y de la Asociación de Mayo; Sarmiento cuando quedó arrobado ante el espectáculo que ofrecía la ciudad, con sus casas enjalbegadas, en cuyas azoteas y miradores las señoritas, peinadas a la moda Luis Felipe y ostentando vistosos vestidos claros a la crinolina, leían novelas o cuchicheaban acerca de lo que pasaba en la calle sin preocuparse de los disparos de los cañones del ejército sitiador.

Y si traspuestos los aledaños de la plaza fuerte convertidos hoy en densos barrios urbanos, llegamos a la Unión, al Cerrito, al Miguelete, al Paso del Molino, sede del patriciado consular del campo sitiador, donde habitaron los Oribe, los Berro, los Giró, los Acevedo, los Lasala, los Villademoros, los Antuña, los Viana, los Maza, los Juanicó, las viejas quintas, los ruinosos portones, el rumor de los árboles centenarios, nos recuerdan los nombres de los próceres federales que también vinieron a luchar junto a los muros de Montevideo y unieron su destino al de las viejas familias orientales.

Yo no conozco la topografía histórica tradicional de Buenos Aires, como conozco la de mi ciudad; pero estoy seguro de que ella debe estar llena también del recuerdo de las emigraciones orientales: la de 1832 y 38, la de 1855 y 58, la de 1865 y 70, las más próximas que llevaron allí a la generación del Quebracho y a los revolucionarios de nuestro siglo. Las primeras arrastraron hasta vuestras playas a Lavalleja y sus amigos, y al Presidente Oribe, desposeído del poder, con todos sus Ministros y Generales; las segundas llevaron a los conservadores, con Juan Carlos Gómez a la cabeza; otras constituyeron el ostracismo de todo un partido; la del Quebracho fué una expatriación en masa de los hombres más ilustres de la época.

¡Cuántos recuerdos deben haber dejado tras de sí esos hombres en la ciudad hermana! Evoquemos una humilde casa de la calle Talcahuano, detrás del viejo Parque, donde, tarde a tarde, se reunían los emigrados orientales de 1858 con las figuras más ilustres del patriciado porteño para soñar con un porvenir en que se confundía el destino de las dos patrias hermanas. Por vuestras calles han de pasearse todavía las sombras ilustres de los proscritos. ¡Y qué pros-

levantaba la casa de los Varela, en cuya puerta fué asesinado Don Florencio una trágica noche de Marzo de 1848; ya ha desaparecido la casa del General Don Enrique Martínez, sobre la plaza, donde vivió el General San Martín en su breve pasaje por esta ciudad en 1829; pero aún está en pie la casa del General Rivera en la calle Rincón, donde vivió el General Lavalle, y donde manos femeninas le entregaron el estandarte de la trágica cruzada de 1840. Ya no existe la antigua posada en que vivieron Alberdi y Sarmiento; pero aun se mantiene ruinoso el caserón del Colegio de los Escolapios, en la calle Buenos Aires, donde vivió y murió el Dr. Agüero, y donde Daniel Bello, el héroe de la «Amalia» de Mármol, mantuvo la dramática entrevista con el viejo tribuno y Don Florencio Varela. Aquí y allá nos salen al encuentro los recuerdos y las sombras de los proscritos; en la calle Maciel, frente a la Caridad, existe la pequeña casa en que vivió el Dr. Cané y donde nació su hijo Miguel; más allá, está la casa de Don Valentín Alsina, la de Don Vicente Fidel López, donde Lucio Vicente vino al mundo, la del General Rondeau, la de Don Martín Rodríguez. Y si salvamos el viejo recinto, tropezamos aún en la calle Florida, con la casa del General Vedia, donde se casó el entonces Capitán de artillería, Don Bartolomé Mitre, y más al naciente, en la calle Yaguarón, sobre la línea de fortificaciones del Sitio Grande, la casa del General Paz, refugio de muchos emigrados argentinos, donde durmieron sobre la tarima de madera, comieron el pan negro de la tropa y escribieron sus poemas y sus panfletos Mármol, Echeverría y Rivera Indarte.

Todas las figuras de aquella emigración han quedado vinculadas a la historia de la ciudad; las vemos moverse sobre el fondo de la tradición doméstica; las hemos sentido vivir en los relatos de nuestros mayores; dejaron huella en nuestras casas; en el afecto de nuestros abuelos y de nuestros padres; en el anecdotario íntimo; en los álbumes de retratos de familia; son casi nuestros viejos amigos.

Sabemos cuales fueron las estrecheces que sufrió Echeverría durante el Sitio; sabemos que Mármol tuvo que pedir prestado el frac a uno de sus amigos para ir a recibir el premio literario de 1841; conocemos las pintorescas aventuras de Rivera Indarte en sus días de miseria; Mitre nos narró los últimos días del General Rondeau y describió la solemne escena de su muerte; aún alcanzamos a quienes vieron al Dr. Agüero en los días en que la enfermedad lo mantenía largas horas inmóvil sumido en imponente silencio; todos hemos ido a descifrar alguna vez en las viejas losas del Cementerio nombres ilustres borrados por el tiempo; todos por fin, repetimos de memoria los versos de Domínguez:

Ahí estás, Montevideo,
Extendida sobre el río,
Como virgen que en estío

La historia, que es una de las formas de la supervivencia del hombre, nos afirma esa verdad. A pesar del *diferendo* colonial que turbó a veces la paz aldeana de las dos ciudades platenses; a pesar de las distintas peculiaridades que en una y otra banda tuvo el movimiento emancipatorio; a pesar de las disputas domésticas; a pesar de la guerra, cuyos ecos fueron ahogados por el pampero y el ruido de las olas del patrio río, Buenos Aires y Montevideo, en el orden espiritual, formaron y forman una sola familia, porque proceden de la misma simiente y porque las frondosas ramas del árbol genealógico común se han confundido, y siguen confundiendo a través del tiempo, en el misterioso abrazo que crea la vida.

Zabala, Gobernador de Buenos Aires, fundó la ciudad de Montevideo, y de Buenos Aires vinieron las primeras familias pobladoras de nuestra península. Desde aquel día, hace ya más de dos siglos, no ha cesado el flujo y reflujo de montevidianos y bonaerenses, de argentinos y orientales. Aquí se organizó y de aquí partió la expedición que reconquistó a Buenos Aires presa de las tropas británicas; de Buenos Aires vinieron a la Banda Oriental los primeros mensajes de independencia; allí fué Artigas a pedir a la Junta de Mayo recursos con que iniciar la campaña libertadora; Buenos Aires le dió tropas y le envió generales, y nosotros enviamos a allá a Nicolás de Herrera, a Lucas Obes, a Larrañaga, a Blanco, para integrar gobiernos y congresos. De Buenos Aires vino la Cruzada de los 33 con Lavalleja, y el ejército republicano que triunfó en Ituzaingó; y a Buenos Aires fué Rivera a impetrar justicia de Rivadavia y ayuda de Dorrego. En Buenos Aires hallaron los emigrados de nuestras guerras civiles asilo y consuelo para el infortunio, y en Montevideo lo hallaron también los proscriptos de la tiranía y de las revoluciones. Y en todo este ir y venir a través del Río, el amor, siempre en acecho, enlazó, como en el caso de vuestros abuelos, señor, las vidas y los destinos, y creó la patria común, el hogar sin fronteras platenses, donde, argentinos y uruguayos mantienen y defienden la hermandad histórica de los dos pueblos.

La tradición, que es una forma también de supervivencia de las modalidades del carácter y de la sensibilidad de los pueblos, nos advierte que nuestras dos capitales están llenas de recuerdos comunes. Cuando se recorren las calles de Montevideo y la imaginación se siente propicia al ensueño, nos salen al paso, en todas partes, vestigios o huellas de aquella preclara emigración argentina, cuyo camino señaló Juan Cruz Varela, y a la que un día nuestra ciudad ha de erigir un monumento para saldar así deudas del corazón. Ya no existe la vieja casa de la calle del Portón, próxima a la librería de Hernández y a la redacción de «El Nacional», donde habitó Don José María Cantilo; pero puede reconocerse todavía el solar de la calle Misiones, donde se

pleno en los países del Plata para consagrarse a ellas, y sublimar así, en el crisol de las bellas formas y de las grandes verdades, los impulsos que vienen de aquella sombría zona del espíritu en que Calibán suele torturar al genio alado que presidió el aula de Próspero.

Vuestra presencia entre nosotros significa también la reanudación de una tradición que nos es muy cara.

Recordamos que hace más de un siglo llegó a Montevideo, fugitivo, perseguido por el infortunio, un joven apenas salido de la adolescencia, que ya había luchado en su patria por la libertad y por la gloria. Traía el alma traspasada por el dolor, y la frente ensombrecida por el espectáculo de la tragedia. Aquí halló donde reclinar la fatigada cabeza, y manos amigas que enjugaran sus ardorosas sienes; aquí halló libertad; aquí halló amor; aquí fundó su hogar; aquí unió su destino al de una joven oriental que unía a la belleza, la fortaleza de alma que fué don de su estirpe; aquí vió nacer a sus hijos; aquí hizo oír sus más bellos cantos de poeta y sus más encendidos acentos de escritor; aquí recogió la pluma que cayó de la mano inerte de Florencio Varela y que Valentín Alsina había heredado; aquí llenó con su prosa colorada e intrépida las columnas del «Comercio del Plata»; aquí hizo de su casa el centro de la tertulia intelectual de la ciudad. Araso nunca se vieron reunidas en el Río de la Plata más luminosas frentes: Sarmiento, Alberdi, Gutiérrez, Varela, Cané, Paz, Domínguez, Larrea, Pacheco, Vázquez, Muñoz, Herrera y Obes, constelación única en el cielo romántico de América.

Ese joven, llevaba vuestro mismo nombre, señor. Era vuestro abuelo.

Por eso, cuando vinisteis hace algunos años con la investidura de Embajador de la República Argentina a representar a la gran Nación hermana en el país que fué refugio y cuna de vuestros mayores, vuestras credenciales diplomáticas nos sonaron, más a carta de familia que a solemne documento de cancillería. Había una verdad en ello y ninguna ocasión más propicia que ésta para discurrir sobre esa verdad.

En las antiguas esferas y viejos mapas, herencia del pasado, en que los hombres de mi generación estudiamos Geografía, los países de esta zona del Continente estaban designados con esta denominación general y un poco vaga: La Plata. Era aquel un error de geografía política; pero era una verdad de geografía espiritual. Los globos y los viejos mapas parlantes confundían erróneamente al Uruguay y la Argentina en una común denominación geográfica; pero, sin concebirlo ni proponérselo, afirmaban con esta denominación común la existencia de una unidad sociológica, de una unidad espiritual, de una familia histórica que había levantado sus casas solares en las dos márgenes del Río de la Plata y se había aposentado en ellas.

conferencias internacionales, y en la dirección de la Cancillería que hoy tenéis a vuestro cargo, vuestro pensamiento y vuestra palabra han contribuido a hacer más grande, más respetada y más universal a la Nación de que sois hijo proclamo. Y sobre todo, señor, han contribuido a hacer del Derecho, los principios angulares en que se asienta la sociedad no tienen patria, los principios angulares en que se asienta la sociedad internacional. En esa acción habéis puesto, además del talento diplomático, de la ciencia jurídica, y del celo y pulcritud con que habéis construido vuestra obra de internacionalista, el sentido de cordialidad y simpatía, sin el cual, hasta el éxito y la victoria se empequeñecen y se hacen odiosos a los hombres y a los pueblos.

Habéis dicho alguna vez que la diplomacia es más bien un arte que una ciencia. Southey pensó lo mismo de la política, y es Macaulay quien dice que no se equivocó el gran poeta inglés. Si la política es un arte, con cuánta más razón no lo será la diplomacia, especialmente cuando se la concibe tal como la habéis concebido vos, no como el conocimiento exacto y razonado de ciertas cosas determinadas, sino como el conjunto de conocimientos generales, y, sobre todo, como el equilibrio de la inteligencia, del carácter y de la educación puestos al servicio de la sociedad.

He ahí una definición digna de un humanista del Renacimiento. En las reglas rígidas del derecho, en los textos jurídicos, en las pragmáticas legales, aun en los mismos tratados que obligan a las naciones, hay una zona de libertad, que es necesario descubrir, donde la inteligencia humana, la cultura, la sensibilidad y el yo subjetivo del hombre pueden lograr, con el apoyo de la moral y de la justicia, grandes soluciones que constituyen verdaderas conquistas para la civilización.

Vuestra presencia en esta casa es una afirmación. Lo es, señor, antes que nada, de vuestro carácter de hombre de letras; de vuestros pergaminos de escritor y periodista; de vuestros lauros de poeta, de historiador y de sociólogo; de vuestra inquietud intelectual; del dictado de artista que agregáis a vuestros títulos de internacionalista y de hombre de Estado. Sabemos que en vuestra agitada vida habéis reservado siempre un sitio para el ensueño, y que os habéis dejado atormentar por ese delicioso dolor de la creación estética, sin la intervención del cual, la belleza que llevamos en potencia no puede adquirir forma sensible ni revelarse a los demás hombres.

Sabemos que sois un humanista, un curioso de las cosas sutiles del espíritu, que tenéis constantemente puestos los ojos en el panorama del hombre, de la vida y de la sociedad. Y cuando os vemos llegar hasta esta casa, pensamos que no nos hemos equivocado al fundar este instituto que está abierto a todas esas cosas un poco abstractas de la cultura, y en el que hemos de procurar que los hombres que sienten la inquietud y la responsabilidad de la hora presente hallen clima pro-

venimos a conmemorar, correspondía bien a la tradición y al carácter de nuestras relaciones. Sobre todas las pasiones políticas, sobre las luchas fratricidas, sobre el odio y la inquietud, para uruguayos y argentinos esperaba siempre, en Buenos Aires y en Montevideo, la ley y la justicia. Celosos de esa tradición, que es honor de nuestra cultura, quisimos darle forma más perfecta con los acuerdos de 1889, como lo hará sin duda la Reunión actual para incorporarles, después de medio siglo, los nuevos elementos reclamados por la evolución y el progreso del mundo.

Esta gran tradición espiritual es el patrimonio confiado, señor Presidente, al trabajo vigilante de vuestro Instituto. La hospitalidad que hoy me dispensáis, el marco que habéis dado a este acto, el sentido mismo y el estilo de vuestro magnífico discurso, dicen del éxito de vuestra empresa y la señalan como una nueva perspectiva feliz en la relación de nuestros pueblos. Por lo que a mí concierne, agradezco y acepto vuestras palabras generosas, solamente por lo que suponen para el país que represento. Vibra en él la misma tradición cordial, la misma efusión amistosa con que hoy me recibís. Unos y otros, aquí y allá, sabemos del signo afectuoso que llama y que espera. Hoy, somos nosotros los que llegamos al amparo de vuestra hospitalidad generosa, pero, a su turno, ya espera mi país vuestra visita y ya están abiertos los brazos argentinos para celebrar una vez más, sobre nuestro suelo, la fiesta permanente de nuestra amistad.

JOSE MARIA CANTILLO.

que tienen cercada a la Sociedad contemporánea y ante los cuales levantamos nosotros, como escudos, el Derecho, la Justicia, la Libertad, y el Amor.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

DISCURSO DE CONTESTACION

Señor Ministro de Relaciones Exteriores,
Señores Ministros de Estado,
Señores Embajadores y Ministros,
Señores miembros del Instituto,
Señoras, Señores:

Pocas veces un orador del Plata ha podido hablar, como acabáis de hacerlo, con tan justo y hondo sentido de nuestro pasado común. Por un instante, al calor de vuestra palabra y de vuestros recuerdos, hemos visto borrarse las fronteras entre vuestra patria y la mía, amadas tantas veces por la misma vida, las mismas luchas, los mismos hombres. La confusión geográfica que, en un momento dado, nos hizo aparecer bajo un mismo nombre, respondía sin duda a la confusión, ya más real, de nuestra vida social. Es así que mi nombre, tan generosamente evocado por vuestras palabras, siendo un nombre argentino es también uruguayo. El álbum de familia es uno sólo para argentinos y uruguayos. El nieto de aquel hombre que llegó aquí para aplacar su sed de libertad y de paz, habla ahora como representante argentino, con la emoción de ese pasado romántico tan lleno de dolores y consuelos. Nunca, como ahora, me han parecido más ciertas las palabras aquellas de Sáenz Peña, que tanto me gusta repetir entre vosotros: somos, en efecto, dos soberanías asentadas sobre una misma sociabilidad.

Vive un gran recuerdo común en nuestras dos capitales, que se contemplan, se siguen y se confunden a veces sobre las márgenes opuestas de un mismo río. En la agitación cosmopolita de Buenos Aires, ese recuerdo es el rasgo que define al porteño verdadero. Está en la savia más profunda de nuestra nacionalidad, arranca de nuestras raíces más hondas. Es, entre argentinos y uruguayos, lo íntimo y lo incommovible, porque es la tradición.

Al amparo de una misma sociabilidad, que era y es también el cuadro de una sensibilidad común, nuestros abuelos cruzaron muchas veces el río manso que nos une y nos comunica, para buscar indistintamente en una u otra orilla la seguridad y la paz. Nos hemos prestado mutuamente, con el descanso y el olvido, la garantía del derecho y la seguridad de la ley. Aquella reunión de 1889, que hoy